

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

**LA CRISIS ACTUAL DE LOS
SISTEMAS HEGEMÓNICOS
EN EL MEDIO ORIENTE**

SANTIAGO QUINTANA PALI
El Colegio de México

EL MOMENTO POLÍTICO ACTUAL DEL Medio Oriente tiene como trasfondo una crisis hegemónica global. Los sistemas ideológicos transnacionales presentan fisuras expuestas en el resquebrajamiento de los sistemas de alianzas vigentes. La recesión económica mundial, al exponer los riesgos encadenados y la fragilidad de la llamada "interdependencia", desata una tendencia hacia la rigidez discursiva que, lejos de consolidar a los bloques ideológicos, los ha esclerotizado, tornándolos aún más quebradizos. El conservadurismo económico imperante conlleva introversiones políticas nacionalistas. La recaída del poder consensual de los sistemas de alianzas, donde intereses y antagonismos nacionales llegan a superar la rivalidad de las superpotencias (y, por ende, se sustraen de la esfera de control e influencia de éstas) se manifiesta en el extremismo parálisis antinómico que caracteriza a las políticas reactivas. La política reactiva de la crisis, obsecada en la coyuntura, pierde la lucidez estratégica y disfraza esta penumbra ideológica con mitos nacionales enmarcados en el discurso de la "regeneración moral". La guerra ideológica sin cuartel es tan sólo patente de la caducidad del discurso hegemónico. El extremismo ideológico manifiesta una impotencia real ante la erosión consensual de un sistema de alianzas. En este sentido, por ejemplo, la politización del desacuerdo en torno a la construcción del gasoducto soviético a Europa occidental es una cortina de humo que encubre una verdadera guerra económica subyacente. Así se precipitan las características antagónicas de la colaboración estratégica occidental. Por otra parte, en las relaciones económicas Norte-Sur, la crisis financiera internacional

amenaza destruir el mínimo consenso de estrategia económica efectiva logrado por el Sur. Los países en desarrollo capturados en la dependencia de deudas externas exorbitantes —gestadas por la necesidad de importar bienes de capital para la expansión económica, por el acentuado deterioro de los términos de intercambio para materias primas y productos no elaborados, por la inflación internacional, por el aumento de las tasas de interés, los aumentos del precio del petróleo (para los países que no son productores), corrupción y gastos militares— se ven presionados a reducir su solidaridad estratégica y a defender su solvencia económica en el sentido más estrecho y coyuntural. No sólo se ha ensanchado la brecha entre los países del Sur que tienen y los que no tienen recursos energéticos, sino que además se dan fuertes presiones fisiparas entre los países productores de petróleo. La reducción del consumo petrolero desde 1979, la baja tasa de crecimiento y el inusitado aumento de las reservas estratégicas de los países industrializados ha disminuido la demanda y bajado la producción de crudo en 55% con respecto a períodos de auge. La depresión del mercado petrolero ha desatado el espectro de una competencia agresiva de algunos países productores (como México, Egipto, Gran Bretaña, etc.) que amenaza la solidaridad estratégica de la OPEP. Aunque el precio de referencia de la OPEP se ha mantenido estable en 1982 (34 dólares por barril de crudo), los límites de producción ahora tienen poco impacto sobre el equilibrio de la oferta y la demanda. Estados Unidos presiona a Arabia Saudita para que actúe como "caballo de Troya" en la organización, y posiblemente Irán e Irak intentarán recuperar sus posiciones en el mercado petrolero en 1983, situaciones que agravarán las fricciones ya existentes en la OPEP. Considerando que en una década probablemente se habrá reducido el número de países productores con un potencial importante, la organización no debe ceder ante las presiones coyunturales y mantener la perspectiva estratégica de largo alcance.¹

¹ Robert Mabro en *International Herald Tribune* (20 de septiembre de 1982). William Chislett del *Financial Times* (17 de septiembre de 1982) atribuye un rumor a funcionarios mexicanos que no deja de ser interesante por la visión estratégica que contiene. Se habla de la posibilidad de un préstamo suave (interés del 6 al 8%) de

La política regional de Estados Unidos en el Medio Oriente es una condensación de la crisis hegemónica global. La administración Reagan se ve envuelta en la crisis del Medio Oriente sin tener virtualmente una política formulada hacia la región. La tendencia de Haig como secretario de Estado evoluciona en una cadena de giros e inconsistencias, a través de políticas confusas y fragmentarias, expresadas en declaraciones de prensa aisladas que dejan entrever, en el plano doméstico, antagonismos de competencias burocráticas, yuxtapuestos al "presidencialismo" de un ejecutivo que pretende actuar por encima del Congreso. La carencia de una verdadera política regional pretende disfrazarse con la noción del "consenso estratégico" de los países de la región contra la amenaza del expansionismo soviético. Teniendo a Israel, Jordania, Arabia Saudita y los estados del Golfo como núcleo de este "consenso", se caracterizaba a la URSS como fuente principal de la turbulencia regional, precisamente en un momento cuando ni uno solo de los desarrollos explosivos del Medio Oriente implicaba a los soviéticos, cuya influencia en la región se hallaba más bien en su punto más bajo. Hassan, heredero del trono jordano, expone el carácter absurdo e ideático de esta consigna que pretende ver como aliados a todos los países de la región que son clientes asiduos de la industria militar norteamericana, y plantea el chantaje de descongelar la opción soviética como proveedor armamentista y agencia diplomática. En la política de giros de 1981, se instó a Arabia Saudita y a Jordania a participar con Israel en el "consenso estratégico" contra la influencia soviéti-

Arabia Saudita a México por 12 000 millones de dólares, liberándolo así de la necesidad de inundar el mercado petrolero para cumplir con el pago de los intereses de su deuda externa (de un total de 80 000 millones) para 1983. Este préstamo fortalecería a México en sus negociaciones con el FMI para un fondo a tres años de 4 500 millones. De acuerdo con esta lógica, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos aprovecha la deuda de México como un ariete contra la OPEP, al prestarle 1 000 millones como pago adelantado por petróleo a precios inferiores a los de la organización. Prestiones para tratos similares a mayor escala afectarían seriamente al mercado internacional si consideramos el papel de México en la estabilidad del orden de producción y precios de éste por ser el cuarto productor mundial de petróleo. Por otra parte, la opción de un México en el seno de la OPEP, si bien contribuiría a larga a una racionalización de la economía nacional, es una decisión política que debe pesarse contra las consecuencias que conllevaría para la relación "especial" con Estados Unidos.

ca; se acordó vender aviones AWAC'S con radar a los sauditas, como símbolo de un interés estratégico compartido, cuando fue embarazosa la falta de consenso doméstico al respecto; se declaró una "asociación estratégica" especial con Israel; se anunció un compromiso profundo de defensa del actual régimen saudita; y se anunciaron maniobras militares conjuntas con Egipto y Sudán. Reconociendo los serios límites estructurales para una política global norteamericana en la región, para principios de 1982 Haig había abandonado la noción miope del "consenso estratégico", pero se retuvo la implacable marginalización de la URSS de cualquier negociación regional de paz. Prácticamente negando la opción de una Conferencia de Ginebra con participación soviética, Estados Unidos es mudo observador de la liquidación gradual que el gobierno de Begin hace de los acuerdos de Camp David (1978), aislando a Egipto, debilitando a Sadat y erosionando aún más la credibilidad norteamericana en el mundo árabe. El silencio efectivo de la administración Reagan ante el creciente aventurismo militar israelí, y el sostenido apoyo militar, político y económico a Israel (con 2 700 millones de dólares, Israel capta una cuarta parte del total de la ayuda externa norteamericana), ponen de manifiesto que la alianza estratégica con Israel es prioritaria en el esquema imperialista regional, y que los Estados árabes sólo son auxiliares dispensables en este esquema. El militarismo es chantaje suficiente para asegurar la provisión de energéticos por parte de regímenes árabes cuyo carácter de clase los sitúa funcionalmente en el esquema imperialista de relaciones regionales. Este militarismo es capaz de forzar y desbloquear los impedimentos políticos a la *Pax Americana* en el Medio Oriente. Sin embargo, la alianza estratégica con un Israel que no reconoce límites fronterizos hacia el norte o hacia el oriente, que procede al control político y absorción económica de los territorios ocupados, y que tiene una política militar agresiva más allá de sus fronteras, plantea elementos de "colaboración antagónica" que gestan una dinámica autónoma, fuera del control estratégico global. En este sentido, la complicidad tácita de la administración Reagan en la invasión israelí del Líbano delineaba la posibilidad política de un papel de media-

dor para Estados Unidos que serviría de ariete para la imposición de un segmento de la *Pax Americana* que contempla la dilución de la presencia siria en el Líbano (el desmantelamiento efectivo del frente sirio al dejar expuesto el flanco débil del Biqa'a) y la eliminación del poder militar autónomo palestino. Philip Habib, en su supuesto papel de "mediador", fungió más bien como comunicador del chantaje militar israelí, lo que resulta patente en el hecho de que Estados Unidos no supo o no pudo aprovechar el momento después del colapso de un orden para inmediatamente erigir otro. Por otra parte, los excesos de Israel en su "colaboración antagónica" han desatado gradualmente un cambio en las relaciones de fuerzas de los grupos domésticos de interés norteamericanos, en el cual el *lobby* sionista pierde relativa importancia funcional. Esta situación se manifiesta en la sustitución de Haig por Shultz a mediados de 1982. El nuevo secretario de Estado, con antecedentes en el grupo Bechtel que articula fuertes intereses económicos en la región, adelanta un esclarecimiento de la posición de Estados Unidos ante la cuestión palestina, que puede traducirse como un reconocimiento de que Israel no tiene el monopolio en la representación de los intereses norteamericanos en el Medio Oriente. Esta declaración,² si bien reconoce el centralismo del problema palestino, de ninguna manera implica un compromiso hacia una autonomía genuina, sino que se ciñe a la interpretación norteamericana de una transición hacia una llamada "solución" dentro de un marco jordano.

La invasión soviética a Afganistán, enajenando la opinión árabe e islámica en general, consolida un proceso gradual en el que la URSS ha perdido terreno en Egipto, Irak, Irán, Libia, Siria y la OLP. No queriendo comprometerse efectivamente en el apoyo a regímenes u organizaciones sobre los que no ejerce influencia o control directo, la URSS contempla la crisis en el Medio Oriente en inmóvil espera, y se limita a retóricas protestas verbales. Dentro de esta retórica, el llamado de

² "La crisis en el Líbano hace dolorosa y totalmente clara una realidad central en el Medio Oriente. Las legítimas necesidades y problemas del pueblo palestino deben ser atendidas y resueltas urgentemente y en todas sus dimensiones", *The New York Times* (17 de julio de 1982).

Brezhnev a una "coexistencia pacífica" durante el momento álgido de la ocupación israelí del Líbano es una señal de que la URSS no desea una confrontación con Estados Unidos en un período en el que se pretende negociar nuevos acuerdos sobre armamento. A diferencia de 1967 o 1973, la reacción soviética a los acontecimientos en el Líbano ha sido puramente formal; no se han puesto presiones sobre Washington para el auspicio conjunto de un cese el fuego, no se ejerció la amenaza de un apoyo logístico a la OLP, y el reabastecimiento sirio ha sido de poca monta. La invasión israelí al Líbano constituye un desastre militar y político que marca el colapso de la credibilidad de un condominio soviético-norteamericano en el mapa político del Medio Oriente. La posibilidad de un papel de arbitraje soviético se ha perdido a corto y mediano plazo. Los soviéticos excusan su pasividad con duras críticas a la ineficacia militar y desunión política del campo árabe, incluyéndose el "divisionismo" de la OLP y su carencia de un programa político "realista". La estrategia residual de la URSS en la región se limita a mantener vivos los últimos reductos de resistencia a la imposición de una *Pax Americana* y a prevenir el surgimiento de un nuevo foco de poder regional en sus fronteras geopolíticas —los soviéticos tienen una preocupación real acerca del posible surgimiento de un movimiento nacionalista islámico en sus repúblicas del Asia central—. Es en este sentido que la URSS provee armas a ambos lados en el conflicto entre Irak e Irán.³

A nivel de los contextos nacionales de la región, la crisis de los sistemas hegemónicos en el Medio Oriente se manifiesta en la pérdida de impulso de los mitos políticos nacionales en el

³ Los ambages del discurso estratégico regional de los soviéticos, escudando una verdadera parálisis política, han desactivado funcionalmente el discurso nacional de los partidos comunistas árabes y ahora comienzan a erosionar la posición ideológica del Tudeh en Irán. En alianza táctica con el Partido Republicano Islámico, pero sin poder real, el Tudeh ha perdido ante la competencia de los Mujahedín y de los Fedayín en la lucha por un proyecto hegemónico nacional contestatario al jomeinismo. En su ofuscamiento táctico, los soviéticos dictan consignas a los partidos comunistas acerca de movimientos populistas religiosos, opositores al imperialismo, y únicos medios de movilización de masas por la supresión de los canales seculares, que pueden originar regímenes de reformismo social. Revistas especializadas soviéticas, como *Narody Azii i Afriki* y *Aziia i Afrika Segodnia* lanzan una nueva categoría de revoluciones tercermundistas: la "neoislámic".

poder, exponiendo una paz social precaria o ausente. Como en ciclos anteriores, la guerra, el militarismo, los militares o su espectro suplen la ausencia del discurso articulador hegemónico efectivo. La extroversión focal del discurso nacional queda obstruida funcionalmente por la superioridad logística militar de Israel y por la crisis del liderazgo nacionalista árabe (capitalizada por los fénix de la periferia política árabe: Hussein, de Jordania; Bourguiba, de Túnez; y Hassan, de Marruecos). La decadencia del sistema de alianzas de los Estados árabes culmina con la pasividad ante la invasión israelí del Líbano. Egipto ha sido neutralizado logísticamente por los Acuerdos de Camp David; Siria busca una salida diplomática del Líbano para no exponerse a una derrota militar que provocaría la caída de su régimen sectario; Jordania vislumbra su propia capitalización política de la derrota militar de la OLP; Arabia Saudita centra su atención en la guerra del Golfo; Irak está envuelto en su propia guerra con Irán; Libia no cesa en su aventurismo retórico; y Argelia mantiene un perfil bajo, interesada en renegociar con Estados Unidos la relación de fuerzas en el Magrib. Los Estados árabes "sorprendidos" sin una política conjunta comparten la posición fundamental de no querer arriesgar un enfrentamiento con Estados Unidos a través de Israel, por una OLP desestabilizadora en cuanto que su defensa requeriría una movilización popular que conlleva una revisión radical de sus políticas domésticas. Ante el agotamiento del arabismo secular, la desmovilización de las masas con respecto a un discurso nacionalista extrovertido plantea un terreno fértil para el progreso de discursos contestatarios de crisis que, pese a tener límites estratégicos estructurales, cumplen un papel fundamental en la transición hacia la erección de un sistema hegemónico alternativo. De tal manera, la religión, como nos dice Fouad Ajami,⁴ es utilizada como vehículo para sentimientos políticos muy seculares, cuando los regímenes monopolizan los canales regulares del discurso político (partidos, sindicatos, organizaciones populares, prensa, radio y televisión). Sólo

⁴ *The Arab Predicament*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, pp. 177-200.

queda la mezquita como último reducto de autonomía política que no han podido tomar los gobiernos seculares. Desde este foro se organiza y expresa la oposición en un discurso planteado por encima del sistema de clases, que asigna un carácter moral a la reestructuración de las relaciones de poder político y económico, tanto a nivel doméstico como externo.

El Líbano escenifica un microcosmos de la crisis hegemónica del Medio Oriente en su momento extremo. La erosión y colapso del sistema político nacional gesta un proceso de "feudalización" del país por grupos de interés y fracciones de clase con interpelaciones ideológicas confesionales, sectarias y comunales. Durante 1981-1982 la "feudalización" política del Líbano atraviesa por una fase de luchas intestinas por el dominio de las alianzas fundamentales. Bashir Gemayel impone la fuerza de sus falanges maronitas a las milicias cristianas de Chamoun (Partido Nacional Liberal) y de Franjeh. Por otra parte, el liderazgo musulmán queda fraccionado por la pugna política entre los líderes sunnitas tradicionales (como Saeb Salam o Shafiq al-Wazzan), los nasseristas (los Murabitun de Ibrahim Qulaylat), el Movimiento Nacional Libanés (los doce grupos más importantes de la izquierda libanesa en una coalición encabezada por el líder druzo Walid Jumblatt), con los sirios y la OLP actuando como catalizadores determinantes de la balanza táctica. La invasión y ocupación israelí eliminan de tajo el factor militar palestino de la ecuación política —y se pretende crear un impacto psicológico para eliminar el factor demográfico de la presencia palestina en el Líbano mediante un terrorismo colectivo que reproduce las tácticas sionistas de despoblamiento árabe de 1948—. Después de neutralizar a los sirios y efectuar, mediante acciones militares, un cambio determinante en la relación de fuerzas políticas, Israel pretende imponer su proyecto de un Estado cliente débil, dividido y dependiente, apoyándose en una noción neocolonial de la geopolítica que, al no reconocer los procesos reales de transformación de relaciones sociopolíticas, crea sus propios hechos. La perspectiva israelí de la "reconstrucción nacional" libanesa arranca de la imposición de un tratado de paz a un Líbano "unificado" que pasa por alto el hecho funda-

mental de que la economía libanesa se sustenta básicamente por un sector de servicios volcado hacia el mundo árabe.

Los maronitas, que buscan una alianza táctica con la burguesía sunnita, son los intermediarios comerciales y bancarios árabes (Bashir Gemayel lo expone en su viaje a Riyadh, en junio de 1982), y no pueden permitirse una alianza franca con Israel. El nuevo presidente, Amin Gemayel, acusado por los nasseristas y por el Movimiento Nacional Libanés de ser el gobernador militar de Israel en el Líbano, necesita a los estados árabes conservadores para fondos de reconstrucción de la economía y, sobre todo, para apuntalar una imagen de legítimo líder nacional. Un verdadero acuerdo nacional libanés requiere la disociación de Amin Gemayel tanto de sus Kataeb como de Israel, restándole así el apoyo de una fuerza creíble. Es en este sentido que, tanto Estados Unidos como las fuerzas europeas de mediación, proceden pasivamente a observar la conversión de las milicias cristianas en un ejército regular "nacional". Otro defecto que le niega hegemonía al proyecto nacional israelí para el Líbano es que no se toma en cuenta a la fuerza sociopolítica potencialmente más importante en el Líbano; los 900 000 musulmanes shi'itas que, con 30%, constituyen la mayoría demográfica, aunque marginada en cuanto a distribución económica y representación política. Quiriendo asumir su justo lugar en la jerarquía de la representación política libanesa, los shi'itas se han organizado en un movimiento populista que, si bien apoya la constitución de un gobierno central fuerte, busca una restructuración radical del sistema político libanés. *Harakat Amal* (Movimiento de Esperanza), fundado en 1974 por el carismático Imam Musa al-Sadr, ha adquirido fuerza con su rama paramilitar dirigida por Nabih Berri. Aunque ha funcionado en alianza táctica con el Movimiento Nacional Libanés y la OLP, el hecho de ser el blanco de las incursiones israelíes en el sur del Líbano ha creado tensiones en dicha alianza. Por otra parte, la organización shi'ita reproduce en el Líbano las tensiones Irán/Irak, al adoptar una línea prosiria que plantea la perspectiva de un posible eje táctico sectario (Irán-shi'itas iraquíes-Siria-shi'itas libaneses) que alteraría radicalmente el panorama político regional.

En Israel, la crisis hegemónica del laborismo desde mediados de los setenta deslinda el terreno para un discurso reactivo extremo que utiliza un foco nacionalista extrovertido como motor para establecer otro proyecto hegemónico. El populismo autoritario de Begin, impulsado por un chovinismo con fuertes tendencias antidemocráticas —cultos a la personalidad de Begin, "Melek Yisrael"; chantaje político de grupos fundamentalistas; vigilantismo y sabotaje a la crítica política del laborismo, de la izquierda y de grupos antisionistas—⁵ ha sustraído al público político de una participación personalizada. La objetificación militar, y consecuente deshumanización, del "enemigo" sobre el que se proyecta el mito político nacional ha provocado una reacción típicamente autoritaria del ciudadano común, por la cual prefiere desentenderse de la política, entregando un voto de confianza en blanco al gobierno. El beguinitismo se ha consolidado con este voto que renueva en un ciclo recurrente de políticas externas agresivas que aíslan a Israel de la comunidad internacional y perpetúan sicóticamente el mito legitimista del antisemitismo. Israel ha seguido una política de hechos consumados, adelantándose a y excluyendo cualquier iniciativa de negociación, con el fin de pretender una imagen de socio estratégico exclusivo de Estados Unidos en la defensa de los intereses occidentales en el Medio Oriente. Cabe preguntarse el grado de funcionalidad de una *Pax Israelica* para los intereses estratégicos norteamericanos a largo plazo. La destrucción del reactor nuclear iraquí de Tammuz, en junio de 1981, marca la aceleración del aventurismo militar israelí que culmina con la invasión del Líbano en junio de 1982, dejando un saldo de 10 000 civiles muertos y 600 000 desalojados. El ministro de Defensa, Ariel Sharon, que entiende la "seguridad" como un corolario de la ocupación y anexión territorial, ve al río Litani en territorio libanés como la frontera "natural" de Israel. Habiendo sentado la infraestructura de su proyecto con la invasión, utiliza a los Kataeb y a las milicias de Haddad para que lleven a cabo la fase de

⁵ Jacobo Timmerman habla de un clima ideológico prefascista en Israel, *The New York Times* (28 de junio de 1981).

despoblamiento de la zona (desde los comienzos de la guerra civil en 1975 Israel ha entrenado y armado a las milicias cristianas). La masacre de refugiados palestinos en los campamentos de Shatila y Sabra, perpetrada por falangistas con el apoyo tácito de Israel, ha finalmente precipitado la crisis de conciencia nacional que se esbozaba en Israel desde comienzos de la invasión, cuando ésta sobrepasó sus pretendidas metas estratégicas. El presidente Yitzhak Navon, en una posición políticamente neutral por tradición, emitió un juicio de censura al gobierno, que se sumó a una reacción pública de rechazo, a renuncias en el gabinete, a demandas de la renuncia de Begin y de Sharon, y a escisiones en el ejército. El costo más elevado de la invasión ha sido el colapso funcional del proyecto hegemónico nacional de Begin. Se trata de la primera guerra ofensiva que no puede situarse en la categoría de "supervivencia nacional". La guerra no sólo ha polarizado la opinión pública israelí, sino que además ha propiciado serias divisiones en la comunidad judía internacional, restándole eficacia a los grupos de presión judíos en Occidente, principalmente al *lobby* sionista norteamericano. Atrapado en el balance inflexible de su coalición electoral, Begin no puede y no quiere darle una verdadera solución política a la cuestión palestina. Confirmando la noción de Sadat de que en Israel tan sólo hay "halcones" y "superhalcones", los laboristas pretenden capitalizar la crisis y resurgir políticamente, adhiriéndose el Plan Reagan que esboza una "autogestión" palestina transitoria hacia un arreglo dentro del marco jordano, negando la opción de un Estado palestino en la Cisjordania y Gaza. La crisis también ha descongelado al movimiento *Shalom Abshav* (Paz ahora), que había perdido impulso e importancia representativa en los últimos años, y que busca (en su tendencia mayoritaria) una solución política al problema palestino basada en un reconocimiento mutuo del derecho a la autodeterminación nacional. A la crisis hegemónica del beguismo, la insuficiencia oportunista de un laborismo desacreditado, la fuerza incipiente de una opinión pública articulada en torno a *Shalom Abshav*, y una izquierda marginada de la corriente central de la política israelí, debe agregarse el papel indeterminado de una casta

militar dividida, pero con los instrumentos necesarios para destrabar la dinámica política.

Desde su Programa Político de 10 Puntos, elaborado en 1974, la OLP hace un reconocimiento tácito de los límites reales de los medios militares en su estrategia de lucha nacional, centrándose más las tácticas políticas. En el momento de una devastadora derrota militar, en donde fue notable el desempeño de la resistencia palestina al sitio israelí de Beirut occidental en el verano de 1982, la OLP obtiene una victoria política relativa al consolidar una medida crucial de reconocimiento *de facto* por parte de Estados Unidos. Actuando sola en la primera guerra palestino-israelí, durante la crisis libanesa la OLP demuestra su agilidad política al situar al problema palestino en el centro de la atención. Persuade a la opinión internacional de que la autodeterminación nacional palestina es precondition necesaria para una paz real en el Medio Oriente. De hecho, Arafat transforma la negociación técnica de la evacuación de la guerrilla de Beirut en una gran discusión mundial del problema palestino. La OLP debe mantenerse políticamente intacta, como único cuerpo capaz de encarnar al nacionalismo palestino y de negociar con Israel. Al poseer el monopolio de la legítima representación palestina, la OLP debe preservar el orden hegemónico en su seno, negociando cuidadosamente un consenso interno respecto a fases tácticas que puedan comprometer las metas estratégicas.

En una entrevista con Uri Avnery (editor israelí de *Haolam Hazeib*, cuya línea busca un entendimiento nacional palestino-israelí),⁶ Arafat declara su adhesión al comunicado conjunto soviético-norteamericano de octubre de 1977 que planteaba una Conferencia de Ginebra para salvaguardar la existencia de Israel y los derechos palestinos (seguridad a todos los Estados de la región, incluyendo a Israel). Para Arafat, el Plan Fahd, que reconoce tácitamente a Israel, es también una buena plataforma de negociación política. Por la división al respecto en el campo palestino, así como en el mundo árabe, y la falta de una respuesta positiva por parte de Israel y de Estados Unidos,

⁶Publicada por *The New York Times* (13 de julio de 1982).

Arafat (representando concretamente a la tendencia dominante en el seno de la OLP) es ambiguo en las señales que emite respecto al reconocimiento de Israel. Se trata de negociar un acuerdo que sea aceptado y que implique el compromiso de la mayoría de las facciones políticas que representan a la opinión palestina. Por otra parte, el liderazgo de la OLP debe tomar una línea de negociación flexible que asegure su supervivencia y credibilidad política en el contexto regional e internacional. Esta "moderación" táctica sigue un proceso cauteloso para no dar rienda suelta a una reacción por parte de la posición del "rechazo" que niega la solución política a la cuestión palestina. Entre el liderazgo de la OLP, Issam Sartawi ha tenido la posición más clara sobre el reconocimiento de Israel, que él plantea en términos de reciprocidad. La posición avanzada de Sartawi se sitúa dentro de una tendencia táctica de la OLP para primero obtener un reconocimiento norteamericano de la organización y, sobre esta base, sentar la infraestructura para el reconocimiento recíproco con Israel.⁷ La Cumbre árabe de Fez (realizada durante el mes de septiembre de 1982) prosigue esta tendencia con su declaración que equivale a un reconocimiento tácito de Israel y de su derecho a la seguridad regional.

La devolución del Sinaí por Israel en abril de 1982 neutralizó logísticamente al frente egipcio y sentó las bases para consolidar la política anexionista israelí: Jerusalén oriental, el Golán y, potencialmente, la Cisjordania y Gaza. La interpretación beguinista del plan transitorio de autonomía palestina en los territorios ocupados previsto por Campo David equivale a una anexión *de facto*. El poblamiento de la Cisjordania y Gaza por 30 000 colonos israelíes, mediante tomas y compras forzadas de tierras, trata de crear hechos consumados irreversibles. La administración "civil" del arabista Menahem Milson se ha caracterizado por su apoyo a grupos de militantes y vigilantes que amenazan repetir la expulsión forzada de 1948, por el despido y exilio de alcaldes palestinos nacionalistas, por la creación de un liderazgo colaboracionista con la ocupación

⁷ Declaración a *The New York Times* (14 de julio de 1982).

israelí (cuya inserción política ha fracasado funcionalmente), y por el fomento de movimientos fundamentalistas que presentan un reto al liderazgo político efectivo de elementos cercanos a la OLP (por razones tácticas no se encuentran formalmente dentro del esquema organizativo de la OLP). La política de coerción y la expulsión de la médula de la OLP de Líbano han tenido un efecto contraproducente sobre los 800 000 árabes palestinos cercados en los territorios ocupados y que resisten la absorción o desplazamiento por Israel. Al intentar romper todo vínculo orgánico existente entre los palestinos de la Cisjordania y Gaza y la OLP, la administración israelí efectúa un corte de opciones a límites que replantean las condiciones de una rebelión civil similar a la que se dio en 1936 en defensa de la supervivencia nacional. Cualquier proyecto nacional sionista se vería coartado hegemonícamente por la absorción de un nuevo contingente de árabes (la población árabe al interior de Israel constituye cerca de 18% del total del país y posee una tasa de natalidad notoriamente elevada), por lo que Ariel Sharon persigue cínicamente la línea exclusionista. Para Sharon, cualquier respuesta al problema palestino debe darse en Jordania. El rey Hussein de Jordania se mantiene oportunista en la espera de que los laboristas retornen al poder en Israel y procedan a una negociación dentro de los parámetros del Plan Reagan: una Cisjordania recortada drásticamente revertiría al marco jordano. Paradójicamente, la política anexionista israelí ha contribuido a la articulación de un proyecto hegemonico nacional palestino, y ha pretendido utilizar la proyección focal anexionista como un elemento toral en el discurso sionista vigente, pero reconoce que la anexión le plantea situaciones potenciales que atentan estructuralmente contra el proyecto hegemonico sionista. El beguínismo extremo de Sharon ve la salida en una política sistemática de despoblamiento; los laboristas, con una percepción hegemonica menos extrema y más pragmática enfocan la opción de un "Bantustán" que opere tanto como reserva segura de mano de obra y también como mercado cautivo.

En Siria, la crisis hegemonica doméstica es un problema estructural, si tenemos en cuenta que sus formaciones de clases

históricas se han representando ideológicamente por divisiones confesionales, sectarias, étnicas y comunales. A pesar de la ideología secularista del Ba'ath, el monopolio del poder estatal por la minoría alawita (11% de la población), a través de los militares, presenta obstáculos a la erección de un proyecto nacional hegemónico. El gobierno de Hafiz al-Assad vio en la intervención siria en el Líbano en 1976 una oportunidad de establecer un papel regional que sacara a Siria de su aislamiento en la política interárabe. Una posición arabizada de política exterior daría las bases necesarias para una proyección focal extrovertida del discurso nacional, creando así un punto de referencia efectivo en la práctica ideológica. Al empantanarse la intervención siria, con considerables costos económicos, militares, humanos y políticos, sus previsiones discursivas se tornaron contraproducentes. Luego, Hafiz al-Assad se vio envuelto en una cerrada competencia con Saddam Hussein y el Ba'ath iraquí por la posición de liderazgo regional. Cuando Siria asume la posición reactiva táctica de apoyar a Irán en su guerra con Irak, el régimen queda prácticamente marginado de la corriente política árabe dominante. Este aislamiento, aunado a la atonía de la postura siria en el Líbano, le quita al régimen alawita de Hafiz al-Assad la carta discursiva extrovertida en su proyecto nacional. De hecho, en los últimos años, la política de alianzas del Ba'ath dominado por la simbiosis militares/alawitas se ha erosionado paulatinamente. En las elecciones de noviembre de 1981 para el Consejo del Pueblo (legislatura unicameral) fue descartado el dominio del Frente Nacional Progresista erigido por Assad en 1972. El Ba'ath obtuvo 60% de los escaños, y el resto lo obtuvieron otros miembros de la coalición. El Partido Comunista Sirio perdió los ocho lugares que tenía en el Consejo, lo que es sintomático de las tensiones existentes en las relaciones del régimen con Moscú. Desde 1974, Assad da señales de acercamiento a Washington, obteniendo una respuesta bastante tibia. Por otra parte, el apoyo militar de Moscú ha quedado muy por debajo de las expectativas de los sirios, lo que relega el papel de la URSS a uno de apoyo logístico para obtener una salida diplomática ante la inminencia de un enfrentamiento directo con Israel. La

crisis siria de los misiles emplazados en el Líbano (abril de 1981), la anexión israelí del Golán (diciembre de 1981), y los hostigamientos israelíes a las fuerzas sirias desde la ocupación del Líbano ponen de manifiesto la debilidad logística de Siria, cuya reacción ante los acontecimientos ha sido más bien simbólica. Si consideramos que el valle de Biq'a es la puerta de Damasco, los sirios se encuentran en el difícil dilema de arriesgar una desastrosa derrota militar ante Israel, o bien destruir el último reducto del discurso extrovertido del régimen, al abandonar el Biq'a y el norte del Líbano. El discurso sirio de "protección" de la causa palestina ha decaído gradualmente por el control incremental que Assad pretendía ejercer sobre las fuerzas palestinas, y finalmente pierde vigencia con la complicidad pasiva de los sirios en la destrucción israelí de la presencia militar de la OLP en el Líbano. El colapso de las pretensiones hegemónicas extrovertidas del régimen de Assad se relaciona íntimamente a un proceso de oposición doméstica expresado por la Hermandad Musulmana, una coalición suelta y diversa de facciones políticas que utilizan el discurso de la ortodoxia musulmana sunnita (los sunnitas son la mayoría de la población con 60%) como catalizador de una lucha contra el dominio alawita y la corrupción del régimen. En febrero de 1982, la oposición llega a un punto álgido con la rebelión civil que la Hermandad organiza en la ciudad predominantemente sunnita de Hama. La sangrienta represión de la rebelión, y la consecuente destrucción extensiva de un sector de la ciudad, exponen la precariedad de la sociedad civil en Siria y el pivote coercitivo del régimen alawita de Assad.

Egipto es un caso típico de la crisis hegemónica doméstica por la pérdida del discurso nacional extrovertido. La introversión de Sadat, a pesar de la sustancial ayuda militar norteamericana, trajo consigo pocos resultados económicos tangibles y congeló la cuestión palestina en el proceso de Campo David, lo que le valió un grave aislamiento, no sólo en el campo árabe, sino que principalmente en el terreno doméstico. La muerte de Sadat en octubre de 1981 deja a su sucesor, Mubarak, con serias dudas acerca del acuerdo separado con Israel, en el sentido de si contribuía realmente a una paz comprensiva en el Medio

Oriente, o si sólo neutralizaba a Egipto en un momento en que Israel se preparaba para una ofensiva general en otros frentes árabes. La invasión del Líbano parece confirmar la visión de que mientras Israel tiene logísticamente rienda suelta para seguir perpetrando su política de hechos consumados, Egipto se encuentra constreñido por los márgenes de los medios diplomáticos. Mientras Mubarak intenta un descongelamiento gradual de su posición en el mundo árabe, Estados Unidos rechaza categóricamente sus propuestas para un diálogo entre el gobierno norteamericano y la OLP, y para el eventual reconocimiento simultáneo entre Israel y la OLP, afectando su credibilidad y erosionando su legitimidad como interlocutor árabe. Ante los acontecimientos del Líbano, la oposición egipcia se reúne en el Comité Nacional de Solidaridad con los Pueblos Palestino y Libanés, y exige el retiro del embajador egipcio en Tel Aviv y el cese a la venta de petróleo a Israel. El Partido Nacional Democrático en el poder también empieza a mostrar fisuras en la posición egipcia frente a Israel, lo que propone un congelamiento en el proceso de normalización de las relaciones entre ambos países, sin poder granjear aún la reconciliación con el campo árabe. Por otra parte, en la crisis hegemónica doméstica es notable la persistencia de la alternativa fundamentalista que, por medio de distintos avatares de la Hermandad Musulmana, históricamente le ha planteado retos discursivos al rey Faruk, a Nasser y a Sadat (Sociedad *Takfir wa-Higra*). Con una plataforma de reivindicaciones socioeconómicas y de rechazo al tratado con Israel, utiliza los foros de las mezquitas, madrasas y universidades veladamente (pese a la represión gubernamental) y prosigue con su reclutamiento solapado entre los cuadros básicos y la oficialía menor del ejército. El descontento y la división de militares desmovilizados esbozan el espectro de un potencial papel militar en el desbloqueo de la atonía política.

La pretensión de Arabia Saudita de asumir el liderazgo diplomático panárabe en la crisis regional se ha desgastado por el tibio recibimiento del Plan Fahd (con su tácito reconocimiento a Israel) por el gobierno de Reagan. Si bien Estados Unidos quiere utilizar a los sauditas como corredores políticos

de sus intereses estratégicos en el mundo árabe, no les ha permitido una expresión independiente en esta función, por consideraciones tácticas bastante miopes desde el punto de vista de la estrategia global. Además de los límites impuestos por su colaboración antagónica con Estados Unidos, la casa saudita observa con inquietud la guerra entre Irán e Irak que, en su definición discursiva que opone a islamismo contra arabismo, puede tener serias repercusiones sobre la estabilidad política de la península arábiga. Un fundamentalismo islámico de corte iraní pone en entredicho al eje islámico del discurso dominante de la casa saudita. La toma de la Gran Mezquita de la Meca por militantes fundamentalistas en 1979, expresada como una manifestación en contra de la corrupción y "occidentalización" de la casa real saudita, deja entrever como fondo una carencia básica de oportunidades de expresión política. Hasta la fecha, Fahd no ha cumplido aún sus promesas de introducir una asamblea consultativa y una constitución.

Aunque Estados Unidos sólo depende en 5% de sus importaciones del petróleo del Golfo, el Acuerdo Internacional de Energía (1974), que estipula una obligación de compartir en caso de una crisis de abastecimiento, lo implica en la dependencia de Europa Occidental y Japón, que importan 50% de su petróleo del Golfo. Esta situación, aunada al papel de Arabia Saudita en la estrategia regional norteamericana, ha condicionado una preocupación de Estados Unidos por los reveses de Irak en su guerra con Irán (el apoyo tácito de los norteamericanos, y el juego equilibrador de los soviéticos entre Irán e Irak, ha producido un deterioro gradual en las relaciones entre Bagdad y Moscú). Los ambiciosos proyectos de hegemonía regional de Saddam Hussein, encuadrados en un discurso secularista arabista, se basaron en un cálculo erróneo de la capacidad de respuesta iraní en un momento de desarticulación nacional después de la revolución islámica. La respuesta de la República Islámica ha atentado directamente contra la supervivencia política del régimen de Hussein. Saddam Hussein aplica el argumento de su precaria supervivencia, como dique que contiene el derrame de la oleada de la revolución islámica sobre el Golfo, para suscitar el apoyo árabe, particu-

larmente de la península y de Jordania (enfrascada en su sicosis de cerco político sirio). La mayoría shi'ita de Bahrein y las divisiones étnicas y sectarias de Irak (en donde la mayoría shi'ita representa a 50% de la población que es políticamente dominada, junto con los kurdos sunnitas, por una casta militar árabe sunnita de Takrit), constituyen una base para implantar un eje de Irán, Siria y el sur de Irak contra los gobiernos sunnitas de Irak, el Golfo, Arabia Saudita y Jordania. Después de varias manifestaciones contra el gobierno y de un atentado contra Tareq Aziz (uno de los líderes del Consejo del Comando Revolucionario de Irak) en 1980, el gobierno ba'athista iraquí expulsa a 20 000 shi'itas de origen iraní de Irak y suprime a la organización clandestina shi'ita Al-Dawa'. Poco después muere el Ayatolah Mohammed Bakr Sadr, cabeza del clero shi'ita de Irak, en circunstancias no esclarecidas. En caso de lograr la desestabilización y eventual colapso del régimen de Saddam Hussein, los iraníes intentarían presionar una toma del poder por parte del ala militar del Partido Ba'ath, resucitando políticamente a sectores pro sirios del liderazgo ba'athista. Por otra parte, la revolución islámica del Irán aún no alcanza su Thermidor, y el discurso del exceso del jomeinismo encuentra una válvula de escape en la guerra con Irak. La guerra no sólo ha alimentado y dado una proyección focal a un discurso que paulatinamente perdería impulso por sus vicios estructurales, sino que además le ha dado al régimen las condiciones ideales para atacar y proceder al exterminio de la oposición. En este sentido, los militares retienen la carta articuladora en el futuro del proceso político gestado por la revolución islámica. Los Mujahedín e-Khalq, ante el oportunismo táctico de los comunistas del Tudeh y de los Fedayín, constituyen el único grupo de la izquierda que ha retenido un verdadero apoyo de masas y una adhesión por parte de las minorías nacionales políticamente organizadas (particularmente de la guerrilla kurda) en su lucha contra el jomeinismo. El hecho de que los Guardias Revolucionarios de la República Islámica tengan que combatir en varios frentes contra los iraquíes, la guerrilla urbana y las minorías nacionales, propone una dependencia funcional respecto a los militares. Liberados del control autocrático del

Shah, y movilizados para luchar contra el enemigo extranjero, los militares iraníes comienzan a desarrollar el espíritu corporativo y la autonomía necesaria para desempeñar un papel político intervencionista.⁸

⁸ Análisis de Ali Reza Sheikholeslami en *The New York Times* (22 de septiembre de 1981).